

Tad  
Williams

MAR DE  
LUZ PLATEADA

OTHERLAND  
IV



Ha llegado el momento de encontrar respuestas y soluciones en el desconcertante universo virtual de Otherland.

Tanto el grupo de extraviados que anhelan salir del sistema como las malignas mentes que lo crearon necesitan una tregua en el peligroso y confuso juego de identidades. Dentro del mar de luz plateada los secretos y misterios de la gran red se han vuelto insostenibles, y el peligro amenaza con no dejar salidas.

A decir verdad, mi padre todavía no ha echado un vistazo a un solo libro, así es que no, todavía no lo sabe.

Me parece que no me va a quedar más remedio que decírselo. Tendría que insinuárselo con delicadeza:

—Todos los presentes a quienes no les hayan dedicado nunca un libro, que den tres pasos adelante. ¡Alto, papá! ¡Espera un momento...!

TAD WILLIAMS

## AGRADECIMIENTOS

Las personas que nombro a continuación me han salvado la vida. Sin su ayuda no habría terminado nunca estos libros. Podéis aplicar sanciones a discreción.

Son las siguientes, hasta el momento:

Barbara Cannon, Aaron Castro, Nick Des Barres, Debra Euler, Arthur Ross Evans, Amy Fodera, Sean Fodera, Jo-Ann Goodwind, Deborah Grabien, Nic Gabrien, Jed Hartmann, Tim Holman, Nick Itsou, John Jarrold, Katharine Kerr, Ulrike Killer, M. J. Kramer, Jo y Phil Knowles, Mark Kreighbaum, LES..., Bruce Lieberman, Mark McCrum, Joshua Milligan, Hans-Ulrich Möhring, Eric Neuman, Peter Stampfel, Mitch Wagner y Michael Whelan.

A éstos debo añadir el siguiente grupo de buenos y valientes:

Melissa Brammer, Dena Chávez, Rick Cuevas, Marcia de Lima y Jim Foster.

Como siempre, gracias a gritos a todos los amigos de la lista de correo Tad Williams y a los tablones de anuncios de TW Fan Page y Guthwulf.com de MST Interactive Thesis.

Y, por descontado, el agradecimiento no sería asaz agradecido si no nombrase a mi maravillosa esposa, Deborah Beale, a mi adorable y dotadísimo agente Matt Bialer y a mis pacienzudas y perspicaces editoras, Betsy Wollheim y Sheila Gilbert. Mis hijos, Connor y Devon, no contribuyeron mucho pero, desde luego, hacen la vida mucho más interesante (y agudizan la necesidad de terminar los libros y ven-

derlos); Connor puso unas cuantas consonantes al azar en el manuscrito y las dejó a mi disposición, así que, supongo que aquí es donde deben quedarse.

## Prólogo

Se zarandeaba, se fragmentaba, formaba parte del torbellino explosivo de luz que se derrumbaba. No tenía identidad: giraba en añicos como un universo naciente. «¡Lo estás matando!», gritó su ángel cuando estalló en el aire en un millón de fantasmas distintos, cada cual rutilando con luz propia, como un rebaño chillón de arco iris diminutos...

Pero al derrumbarse el mundo, recuperó un fragmento de su pasado. Primero fue una visión aislada: una casa rodeada de jardines, rodeados a su vez por un bosque. Había nubes oscuras en el cielo y los rayos de sol se colaban entre ellas, la hierba y las hojas todavía goteaban de lluvia reciente. La luz resplandecía en las gotas y se deshacía en reflejos multicolores, los árboles conformaban una suerte de jardín mágico, un bosque maravilloso de cuento infantil. Durante la fracción de instante que duró la visión, antes de que el recuerdo se hiciera más amplio y profundo, no pudo imaginarse refugio más sosegado.

Pero, cómo no, todo era mucho más extraño.

El ascensor subía tan rápida y suavemente que, a veces, casi se le olvidaba que vivía en el interior de una gran aguja, que su viaje diario hasta la cumbre lo elevaba casi trescientos metros por encima del delta del Misisipi. Nunca le habían interesado mucho los edificios altos: otro detalle que le hacía sentir un poco ajeno a su propio siglo. La casa de

Canonbury debía su encanto, entre otras cosas, a sus anticuadas proporciones: tres pisos, unos pocos tramos de escalera. En caso de incendio, podría huir fácilmente (o así prefería creerlo). Cuando abría las ventanas de su piso y miraba a la calle, oía hablar a la gente e incluso distinguía lo que llevaban en la cesta de la compra. Ahora, de no ser por los vientos del golfo en época de huracanes, cuyo aullar se oía a pesar de la gruesa fibrámica, vientos tan fuertes que hacían mecerse levemente la enorme torre, era como si viviera en una especie de nave intergaláctica. Al menos hasta que llegaba a la parte del edificio donde impartía las clases a diario.

La puerta del ascensor se abrió sin hacer ruido a otro zaguán. Paul Jonas marcó su código, puso la palma de la mano en el lector biométrico y esperó varios segundos a que el lector y otros dispositivos de seguridad menos visibles hicieran su trabajo. Cuando la puerta se deslizó a un lado con un ruido de aspiración, entró y abrió la segunda puerta, montada en goznes metálicos, de estilo indiscutiblemente anticuado. Lo envolvió el olor de la casa de Ava, una mezcla de aromas tan evocadores de otra época que casi resultaba claustrofóbica: espliego, limpiametales y sábanas guardadas en cómodas de cedro. Al entrar en el vestíbulo, el espacio funcional, liso y romo del presente se transformó, en unos pocos pasos, en un ámbito que, de no ser por la vibrante mujer jovencísima que vivía en su interior, habría podido ser un museo e incluso una tumba.

No lo esperaba en el salón. La inusitada ausencia lo sobresaltó y le hizo sentir de pronto que el extraño ritual era una locura tan grande como le había parecido en las primeras semanas de trabajo. Comprobó la hora en el reloj de cristal y bronce dorado de la repisa de la chimenea. Las nueve y un minuto, pero Ava no llegaba. Se preguntó si estaría enferma y le sorprendió sentirse preocupado por ella.

Una doncella del piso inferior, con cofia y delantal blancos, pasó ante la puerta del salón cargada de manteles do-

blados, silenciosa como un fantasma.

—Disculpe —la llamó—, ¿la señorita Malabar sigue en la cama? Va a llegar tarde a clase.

La doncella lo miró desconcertada, como si por el mero hecho de hablar hubiera roto una antigua tradición, hizo un gesto negativo con la cabeza y desapareció.

Después de medio año, Paul seguía sin saber si los empleados de la casa eran actores profesionales o, sencillamente, gente muy rara.

Llamó a la puerta de Ava; insistió con más fuerza y, como no contestaba nadie, abrió con cautela. La estancia, mitad tocador, mitad cuarto de los niños, estaba vacía. Una fila de muñecas de porcelana lo miraba ciegamente desde la repisa de la chimenea con sus grandes ojos de cristal y sus largas pestañas.

Al volver al salón, se vio de reojo en el espejo enmarcado de la repisa: un hombre normal, vestido a la moda de hacía más de un siglo, en medio de un recargado salón que podía haber salido directamente de una ilustración de Tenniel. Una sensación levemente distinta a un escalofrío le hizo estremecer. Por un momento, tuvo la impresión, muy inquietante, de hallarse atrapado en el sueño de otra persona.

Era muy raro, sin duda, e incluso asustaba un poco, pero aun así, no dejaba de asombrarle la cantidad de ingenio empleada en conseguirlo. Desde la entrada principal de la casa, la vista del simétrico jardín con sus senderos laberínticos, los setos y el bosque adyacente respondían a la perfección a su idea de los alrededores de una casa de campo francesa de familia razonablemente acomodada de finales del siglo XIX. El hecho de que el cielo no fuera real, de que las lluvias y la neblina matutina fueran producto de un sofisticado sistema de riego, y la luz del día diera paso a la noche y el vagabundeo de las nubes, que se asomaban a cu-

riosear y desaparecían, se debiera a un efecto holográfico y luminotécnico casi confería mayor encanto al conjunto. Sin embargo, la idea de que la mansión y sus alrededores se hubieran construido en el piso más alto de un rascacielos prácticamente para una sola persona, una especie de burbuja en el tiempo que simulaba el pasado, si es que no lo revivía de verdad, era mucho más perturbadora.

«Parece sacado de un cuento —pensó, aunque no por primera vez, ni mucho menos—. La tienen encerrada aquí arriba, como a la mujer del gigante del cuento de las habichuelas mágicas, o... ¿cómo se llamaba la princesa del pelo tan largo? ¿Rapunzel?»

Contempló el jardín, de arcaizante diseño simétrico al estilo francés, pero suavizado por algo semejante a una influencia inglesa más selvática y exuberante, casi rayana en el descuido. En varios rincones, los altos setos ocultaban bancos, y Ava le había dicho que le gustaba bajar allí de vez en cuando a hacer labores de costura mientras oía cantar a los pájaros.

«Al menos, los pájaros son de verdad», pensó, mirando a unos que saltaban en lo alto de rama en rama.

No había nadie en ninguno de los sinuosos senderos. Paul empezaba a dejarse ganar por un miedo creciente, en contra de toda lógica. Era imposible imaginarse mayor protección contra posibles peligros que la que rodeaba a Avialle Malabar: el sistema de vigilancia más sofisticado que existía estaba pendiente de ella, y además la custodiaba el ejército privado de su padre. Sin embargo, nunca había faltado a las clases de la mañana sin justificación. El rato que pasaba con Paul parecía el momento cumbre de su jornada, aunque él no se complacía en pensar que se debiera a alguna cualidad irresistible de su persona. La pobre niña tenía muy pocas posibilidades de encontrarse con otro ser humano.

Salió de los senderos de gravilla y entró en un camino que llevaba al descuidado huerto que Ava llamaba «el bos-

que». Allí, el terreno era tan irregular como en un huerto de verdad, y los ciruelos y los manzanos silvestres que lo rodeaban daban paso a grupos de plateados abedules y una maraña tan densa de robles y alisos que ocultaban la casa si se miraba atrás y creaban una ilusión de intimidación, aunque Finney le había advertido en una de sus mordaces conferencias que la vigilancia se extendía a todos los rincones. A pesar de todo, no podía evitar la sensación de haber cruzado una línea invisible: a esa distancia de la casa, los árboles cerraban filas y el falso cielo sólo se entreveía por los huequillos del follaje, que todo lo cubría. Hasta los pájaros se mantenían en las ramas más altas. Se sentía allí una curiosa sensación de aislamiento. Paul no conseguía quitarse de la cabeza la impresión de cuento tradicional que le había causado desde buen principio.

La encontró sentada en la hierba, a la orilla del arroyo. Ella lo miró con su enigmática sonrisa, pero no dijo nada.

—Ava, ¿se encuentra bien?

—Sí. Acérquese, quiero enseñarle una cosa.

—Es hora de empezar las clases. Me inquietó no encontrarla esperándome en casa.

—Es usted muy amable, señor Jonas. Por favor, venga aquí.

Dio unas palmadas en la hierba, a su lado. Se hallaba en el centro de un amplio corro de setas, corros de brujas, los llamaba su abuela Jonas; y volvió a experimentar la sensación de encontrarse en el inicio de una especie de cuento. Ava tenía los ojos muy abiertos y cargados de no sabía qué, emoción, quizá, o presentimiento.

—Sentada en la hierba, se le humedecerá el vestido —le dijo al tiempo que se acercaba con indecisión.

—Los árboles no dejan que la lluvia llegue hasta aquí. Está bastante seco.

Se recogió el orillo del vestido debajo de la pierna para hacer sitio a Paul y, sin querer —¿o no?—, enseñó la punta de la enagua y el tobillo, blanco y luminoso, que sobresalía

del zapato. Paul se obligó a contenerse. Desde el primer día de clases se había dado cuenta de que Ava era muy coqueta, aunque resultaba difícil distinguir el verdadero coqueteo de la compostura anacrónica, que dictaba un decoro en apariencia intachable al tiempo que cargaba de intencionalidad hasta el último detalle. Una amiga que tenía en Londres se había pasado una noche de borrachera contándole por qué las novelas de la época de la Regencia eran mucho más eróticas que todo lo escrito en el estilo más desinhibido de siglos posteriores: «Consiste en atender a la sutileza», le repitió mil veces. Y ahora, empezaba a estar de acuerdo con ella.

Al ver su turbación, Ava sonrió abiertamente con una expresión de regocijo tan desmesurada que Paul recordó que no era más que una niña, lo cual, paradójicamente, lo azoró aún más.

—Tendríamos que volver, de verdad —dijo Paul—. Si hubiera sabido que hoy quería dar la clase aquí fuera, habría preparado...

—No pasa nada —replicó ella dándole un golpecito en la rodilla—. Era una sorpresa.

Paul supuso que Ava había planeado algo, pero se enfadó consigo mismo por perder el control de la situación. Ser profesor particular de una jovencita atractiva y solitaria era comprometido de por sí, pero las extrañas circunstancias que rodeaban la fortaleza de Malabar agravaban la tensión general.

—Esto no está bien, Ava; cualquiera que nos viera...

—No nos va a ver nadie. Nadie.

—Eso no es cierto. —Paul ignoraba cuánto sabía Ava de los sistemas de vigilancia—. En cualquier caso, tenemos mucho que hacer hoy...

—No nos va a ver nadie —repitió con una firmeza sorprendente; se llevó el dedo a los labios, sonrió y después se tocó la oreja—, ni nadie nos va a oír. Verá, señor Jonas, tengo... un amigo.

—Ava, confío en que seamos amigos, pero eso no...

Ava soltó una risita. Las ondas de su cabello negro, que hoy se sujetaba con horquillas y un sombrero de paja, enmarcaban su risueña expresión.

—Queridísimo señor Jonas... no me refería a usted.

Paul, confuso y más preocupado todavía, se puso en pie y le tendió la mano.

—Venga conmigo. Después hablaremos de eso, pero ahora tenemos que volver a casa.

Ava no aceptó la mano y Paul dio media vuelta para marcharse.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No salga del círculo!

—¿A qué se refiere?

—El círculo... el corro. No salga, mi amigo no podría protegernos.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere, Ava? ¿Está hablando de seres de fantasía? ¿Cómo nos protegen?

Ava hizo un mohín, un gesto reflejo, porque a Paul le pareció ver verdadera preocupación... temor, casi.

—Siéntese, señor Jonas. Se lo explicaré todo, pero por favor, no salga del corro. Mientras se quede aquí conmigo, los dos estaremos a salvo de ojos y oídos indiscretos.

A pesar de sentirse abrumado y de tener la clara impresión de que las cosas habían dado un giro muy feo, Paul volvió a sentarse y Ava respiró de alivio sin disimulo.

—Bien. Gracias.

—Cuénteme qué es lo que pasa.

—Sé que mi padre me vigila —dijo tocando un diente de león— y que me ve sin que yo lo sepa —miró a Paul—, así ha sido toda mi vida. Y, en cuanto al mundo que leo en los libros... sé que jamás lo veré si él se sale con la suya.

Paul se estremeció. Hacía poco que empezaba a comprender que él mismo se asemejaba más a un carcelero que a un tutor.

—Incluso en los harenes de Oriente Próximo, las mujeres se hacen compañía unas a otras —prosiguió—, pero yo,

¿a quién tengo? Tengo un tutor... aunque lo aprecio mucho, señor Jonas, y aunque han sido muy buenos conmigo todos los tutores y niñeras anteriores. Y un médico, un anciano caballero sumamente seco y desagradable, por no hablar de las dos doncellas, tan asustadizas que ni siquiera se atreven a hablar conmigo. Y a esos hombres aborrecibles que mi padre ha contratado.

Paul estaba cada vez más molesto. ¿Qué pensarían de él Finney y el bestia de Mudd si lo vieran sentado ahí, escuchando las cosas que decía la hija de Malabar?

—La cuestión es —le dijo con toda la calma posible— que hay personas que la vigilan, Ava, que oyen cuanto dice. Y en estos momentos también...

—No, no es cierto —sonrió retadoramente—, en estos momentos no. Porque por fin he encontrado un amigo... un amigo que sabe hacer cosas.

—¿A qué se refiere?

—Pensará que estoy loca, pero es cierto —dijo ella—. ¡Todo es cierto!

—¿De qué se trata?

—Mi amigo... —enmudeció de pronto, sin atreverse a mirarlo a los ojos durante unos instantes. Cuando por fin lo miró, un fuego sin llama ardía en su mirada—. Mi amigo es un fantasma.

—¿Un qué? Ava, eso es imposible.

—Creía que... —rompió a llorar— usted, entre todos, me escucharía.

Volvió la cara.

—Lo siento, Ava —dijo, y le tocó el hombro a escasos milímetros del liso y suave cuello y de los oscuros bucles que se habían soltado de las horquillas. El gorgoteo del arroyo sonaba fuerte. Paul retiró la mano súbitamente—. Veamos, cuéntemelo todo, por favor. No puedo prometerle que pueda empezar a creer en fantasmas, pero al menos cuéntemelo, ¿de acuerdo?

—Yo tampoco lo creía al principio —comenzó sin volverse hacia él, en tono grave—. Creía que era un truco de Nickelplate.

—¿Nickelplate?

—Sí, Finney; así es como llamo a Finney, por las gafotas que lleva, que brillan como el níquel, y por... ¿no se ha fijado en el ruido que hace al andar? Lleva los bolsillos llenos de algo metálico. Tintinea. —Frunció el ceño—. Al gordo lo llamo Butterball, bola de sebo. Los dos son monstruosos, los detesto.

Paul cerró los ojos. Si Ava se equivocaba, y seguro que sí, puesto que creía que un fantasma podía protegerla, estarían oyéndolos y él no tardaría en volver a escuchar la conversación reproducida: en su entrevista de despedida, sin duda.

«¿Me indemnizarán por el despido...?»

—La voz me susurró al oído —decía Ava— por la noche, cuando estaba en la cama. Como ya le he dicho, creí que era un truco de esos monstruos y, al principio, no contesté.

—¿Oyó una voz en sueños...?

—No era un sueño, señor Jonas, querido Paul —añadió con una sonrisa tímida—. No soy tan necia. Me hablaba muy bajito, pero estaba totalmente despierta. ¡Hasta me pellizqué para asegurarme! —Levantó un blanco brazo para enseñarle el pellizco—. Creía que era un truco. Los empleados de mi padre siempre me dicen cosas desagradables. Si mi padre lo supiera, los despediría, ¿verdad que sí? —dijo, casi como un ruego—. Pero no se lo cuento porque temo que no me crea... pensaría que son tonterías de niña pequeña. Y entonces, ellos se portarían todavía peor conmigo, a lo mejor lo despedirían a usted y me pondrían una tutora vieja y horrenda o un tutor viejo y cruel, ¿quién sabe? —Frunció el ceño—. El seboso, Mudd, un día me dijo que le encantaría llevarme a la Sala Amarilla —dijo con un estremecimiento—. Ni siquiera sé lo que es, pero suena horrible. ¿Usted lo sabe?

—No, la verdad —dijo Paul con desasosiego—, pero ¿qué trata de contarme? ¿Dice que oía una voz? ¿Y le contó que aquí podíamos hablar sin que nos oyeran?

—Se trata de un fantasma solitario, o eso creo... un niño, extranjero, quizá, porque habla de una forma... muy seria y muy rara. Me dijo que me había visto, que lamentaba que estuviera tan sola y que quería ser amigo mío. —Movi6 la cabeza en un lento gesto de asombro—. ¡Fue todo tan raro! Era algo más que una voz... como si estuviera conmigo. Pero aunque estaba oscuro, había suficiente luz para poder ver que allí no había nadie.

Paul estaba más convencido que nunca de que sucedía algo muy grave, pero no tenía la menor idea de qué hacer al respecto.

—Sé que no cree que fuera un sueño, Ava, pero... pero seguro que debió soñarlo. Yo no creo en fantasmas.

—Me escondió. Me dijo que saliera a pasear al caer la tarde y que me demostraría que podía resguardarme para que no me encontraran. ¡Y así fue! Salí a pasear por aquí, por el bosque, y, al momento, todas las doncellas empezaron a buscarme por el jardín y entre los árboles. Hasta Finney salió a buscarme también... estaba muy enfadado; cuando por fin me encontraron yo estaba sentada en una piedra, con la labor en las manos. Y le expliqué: «Suelo salir a pasear por la tarde, señor Finney. ¿Por qué se preocupa tanto?». Naturalmente, no quería reconocer que sus métodos de vigilancia habían fallado a pesar de todo, y buscó una excusa; dijo que tenía que hablar conmigo urgentemente de un asunto, aunque era mentira, desde luego.

—¿Y le parece prueba suficiente...? —empezó a decir Paul.

—Y anoche, mi amigo me enseñó las habitaciones donde usted vive —añadió, apurada—. Sé que es una intromisión imperdonable en su intimidad. Lo lamento mucho. Tengo que admitir que su aposento no es tan distinguido